

Desafíos en la formación profesional vinculados a la economía popular, las políticas públicas y el desarrollo local. El rol de la universidad¹

José Luis Coraggio

Profesor Emérito de la Universidad Nacional de General Sarmiento (UNGS), Argentina.
Profesor Honorario del Instituto de Altos Estudios Nacionales (IAEN), Ecuador.
Director de la Maestría en Economía Social del Instituto del Conurbano de la UNGS, Argentina.

Resumen

Este trabajo destaca la existencia de un amplio sector de la economía ignorado por los registros y marcos conceptuales oficiales: la economía popular. A continuación se hace referencia al papel de las universidades y la organización fragmentada de las formaciones disciplinarias que corre en paralelo con la organización del Estado. Se plantean las limitaciones de esa estructuración del conocimiento y las especializaciones profesionales para encarar problemas complejos, como los que requieren hacer frente al proyecto de globalización capitalista y la doctrina neoliberal. En particular, se hace referencia a la necesaria redefinición de las políticas sociales y su relación con el desarrollo de una economía popular solidaria desde ámbitos locales. Se postulan algunos ejes de acción para superar esa problemática.

Palabras clave

- economía social
- economía popular
- políticas sociales
- interdisciplina
- universidad

Economía Social y Solidaria /
Perspectivas

RECEPCIÓN: 26/06/15

ACEPTACIÓN FINAL: 28/08/15

Resumo

Este trabalho destaca a existência de um amplo setor da economia ignorada pelos registros e modelos conceituais oficiais: a economia popular. A seguir se faz referência ao papel das universidades e a organização fragmentada das formações disciplinares que são executadas em paralelo com a organização do Estado. Existem as limitações dessa estruturação do conhecimento e as especializações profissionais para resolver problemas complexos como aqueles que requerem lidar com o projeto de globalização capitalista e a doutrina neoliberal. Particularmente é feita uma referência à necessária redefinição das políticas sociais e sua relação com o desenvolvimento de uma economia popular solidária desde áreas locais. Há alguns eixos de ação para superar esse problema.

Palavras-chave

- economia social
- economia popular
- políticas sociais
- interdisciplinaridade
- universidade

Para citación de este artículo

Coraggio, J. L. (2015). Desafíos en la formación profesional vinculados a la economía popular, las políticas públicas y el desarrollo local. El rol de la universidad. En *Revista +E versión digital*, (5), pp. 6-19. Santa Fe, Argentina: Ediciones UNL.

1. El contexto: la larga coyuntura de crisis y la insuficiencia de las respuestas

La mirada de los gobiernos latinoamericanos está fijada en los índices de crecimiento del PIB, en las inversiones privadas o públicas y en los saldos macroeconómicos (lo que se considera el frente económico), y por otro lado en el “frente social”: las variaciones anuales en las tasas de pobreza e indigencia, de desocupación, y de distribución del ingreso (aunque no de la riqueza). Esto ocurre incluso en los gobiernos llamados “de las nuevas izquierdas”, donde un nuevo economicismo o nekeynesianismo gana peso una vez pasada una etapa de legitimación por la redistribución hacia las mayores víctimas de las tres décadas de neoliberalismo. Algo no muy lejano al tan trillado “crecimiento con equidad”.

Esa mirada presta poca atención a la ebullición de otro sector de la economía, oculto para los ojos de los estadísticos y expertos. Ese ocultamiento manifiesta una gran ignorancia sobre la economía popular, usualmente llamada y reducida a la economía informal, actividad mercantil que estiman gruesamente a nivel macroeconómico sin analizarla en su estructura ni su lógica, reducida a la lógica mercantilista. No debe llamar la atención entonces que no se generen políticas adecuadas para potenciarla y transformarla, confundida con la pobreza y “lo social”.

Si el Estado registra aquello que le interesa, evidentemente no considera parte de la cosa pública la actividad productiva de los hogares y comunidades orientada a reproducir la vida, pues sólo mira a la economía mercantil del sector empresarial que ocupa trabajo dependiente (asalariado formalmente o precarizado) y cuyo sentido es la acumulación de dinero y en particular de divisas. Incluso, cuando mira a los microemprendimientos mercantiles de la economía popular trata de separarlos —en sus recuentos y en sus acciones— de la economía doméstica (para ponerlo en términos monetarios: separar la “caja” del negocio del fondo de consumo). Y sin embargo tales emprendimientos son efectivamente tributarios de la lógica de reproducción de la vida de las unidades domésticas, por lo que lo que los economistas ortodoxos consideran irracional es otra racionalidad superior.

Ese sector económico, subterráneo para el registro oficial ocupa la parte mayor de la población, ya sea considerada “económicamente activa” o no. Un sector de la economía que, por razones tanto estructurales como de decisión de vida, no va a entrar por el aro de la modernización uniformizante que tiene como prototipo a la empresa de capital y que no cesa como sentido de la acción económica estatal. En tanto la izquierda siga siendo la izquierda

de la modernidad, ese imaginario idealizador del desarrollo empresarial no va a menguar. Esto sólo ocurrirá a través de un reconocimiento de la realidad empírica de cada país, sus contradicciones y su potencial, y de un cambio político del sentido del sistema económico, orientándolo no ya hacia el crecimiento del PIB y la acumulación *per se* sino a la reproducción ampliada de la vida de todos en equilibrio con la naturaleza (en el marco de las cosmovisiones del Buen Vivir o del Vivir Bien).

En diverso grado, a comienzos de este siglo los países latinoamericanos han experimentado una etapa de redistribución monetaria y de mayor producción y acceso en materia de bienes públicos. Ello sustentado en la renta externa nacionalizada y en una política fiscal más progresiva. Dada la importante redistribución de ingresos hacia la base de la pirámide social, la economía mercantil fue realimentada por el efecto multiplicador de un aumento del consumo y por la ebullición de los emprendimientos de la economía popular, pero ya comienza a enfrentar el límite de una burguesía minimizadora de riesgos y predominantemente compradora y el consiguiente déficit en los balances de comercio exterior. El efecto de la redistribución, instrumento de la izquierda gobernante pero también de la gobernabilidad de sociedades que se encuentran entre las más injustas del mundo, no es sólo mejorar las condiciones mínimas de las mayorías. También cambia las expectativas y pone en marcha un proceso de demandas crecientes de mejoría, comprensible dado que las condiciones de partida estaban y siguen estando lejos de lo que cada sociedad define como una vida digna. Continuar con ese modelo de legitimación de los gobiernos, incluidos los de las nuevas izquierdas, reclama recursos crecientes en el corto plazo y la acentuación del extractivismo, fuente de la renta externa, es inevitable para la lógica de quienes gobiernan.

Arrojada a condiciones de supervivencia injustas (asistidas parcialmente por la cobertura insuficiente y por los valores de subsidio inferiores a los necesarios para una vida digna y usando mecanismos de asistencia que generan estigmatización, con acceso a trabajos mayoritariamente precarios, sin derechos sociales), en convivencia con el consumo opulento de los que, contradictoriamente, mucho ganan en esta coyuntura, buena parte de la sociedad se sigue debatiendo en la mera sobrevivencia, la zozobra constante y la amenaza de recaer en la pérdida de derechos y esperanzas. Aparte de la protesta renaciente, orquestable por las derechas locales, estigmatizada por los que

1) Versión revisada y actualizada de la ponencia presentada en el II Encuentro del Foro Federal de Investigadores y

Docentes: La Universidad y la Economía Social en el Desarrollo Local, Buenos Aires, 29 de noviembre 2004

se consideran “integrados” o integrables al sistema económico intrínsecamente excluyente, las mayorías sociales apenas alcanzan a reaccionar defensivamente mediante el rebusque de las familias que producen para el mercado —muchas veces fuera de las leyes que no reconocen la economía popular— en combinación con ingresos salariales —que en muchos casos implican la emigración y el envío de remesas— “ensamblando” programas sociales, aceptando entrar en redes clientelares para acceder a lo que debería ser un derecho sin otra contrapartida que el de ser ciudadana o ciudadano, asociándose o revitalizando a las redes de ayuda mutua que se regeneran ante la crisis y la insuficiencia del Estado.

No es entonces momento de triunfalismos, porque estamos ante una nueva cuestión social; es decir que, si no se resuelve, pone en riesgo la existencia misma de la sociedad. Ya no se trata de la clase obrera, su estatus, su nivel de vida y su oscilar entre sujeto de cambio desafiante del sistema o actor integrado de los balances del capitalismo. Se trata ahora del conjunto de clases trabajadoras, ocupadas, subocupadas o desocupadas, de su sujeción como agente pasivo o de su protagonismo como sujeto heterogéneo en gestación, manifestado a través de una multiplicidad de reivindicaciones, personificadas muchas en movimientos sociales con autonomía relativa. Algunas de ellas exigen mejorar su situación dentro del sistema, y todas juntas lo ponen al límite de su posibilidad material. Otras son directamente antisistémicas. El Foro Social Mundial fue un espacio público global donde esas identidades y reivindicaciones de lo popular y su alcance global se hicieron evidentes, en confrontación con las fuerzas económicas y políticas que precipitan la catástrofe social y ecológica ya no reversible. Porque la nueva cuestión social ya no puede plantearse con independencia de su base material, la económico-ecológica. Para una mirada centrada en la gestión de lo existente el problema es cuál es el “modelo” más eficaz para sostener el sistema capitalista en el ámbito nacional, en un contexto de mercados globales dominados por grupos concentrados como nunca en la historia y estados que los acompañan. Para la perspectiva de las víctimas de la estrategia capitalista de globalización, la alternativa es entre variantes de un “capitalismo autóctono”, gobernable, o el desarrollo de un nuevo sistema económico social y ecológicamente responsable, seguramente con mercado y con capital, pero no de mercado ni del capital.

En este contexto complejo y de desarrollo incierto se nos plantea la pregunta sobre cómo, dentro de un sistema formalmente democrático, puede y debe responderse a esas cuestiones desde

el Estado (en el sentido amplio de Gramsci), lo que incluye a las universidades. De allí que la pregunta en que nos centraremos es qué papel pueden cumplir las universidades en esta coyuntura de intento de transición hacia otra economía.

2. Ayer: la dificultad de pensar y actuar en situaciones complejas. Disciplinas e instituciones

La universidad es, primordialmente, una manera de institucionalizar la sistematización, producción y distribución de conocimientos científicos, tecnológicos y hermenéuticos a escala global. El cientificismo y el paradigma positivista proveyeron el esquema mental con el cual se modernizaron y abrieron en abanico las carreras universitarias y se dio mayor presencia a la investigación en toda América Latina en los años 50.² El método analítico, la articulación de variables en modelos más o menos formalizados en que se separaba lo propio de lo exógeno, es decir de aquello no explicable por la disciplina (y presumiblemente explicado por otras), dieron base a la serie de autonomías relativas del pensamiento encarnadas en el recorte disciplinario, y a la consecuente fragmentación analítica de la realidad en esferas u objetos de conocimiento y (eventualmente) de intervención.

La injustificable y árida pugna entre ciencias duras, ciencias sociales y disciplinas hermenéuticas nos hizo caer en la trampa del positivismo, como si la naturaleza no tuviera historia, las máquinas no encarnaran conocimientos y valores o funcionaran fuera de las relaciones sociales, como si las ideas tuvieran independencia de las condiciones materiales de su producción, como si las sociedades pudieran ser pensadas desde el individualismo metodológico sin visiones holísticas. Las “ciencias humanas” reflejaron por su misma tipificación el proyecto de colonizar la historia, la pedagogía, la filosofía, la antropología, la psicología, la comunicación, con el método considerado científico por el positivismo.

Acorde con ello, se reorganizaron las universidades y sus presupuestos, lo cual fue precedido o acompañado por un reacomodamiento de las estructuras estatales para organizar la intervención pública creciente en la sociedad. El Estado venía absorbiendo e institucionalizando funciones que anteriormente cumplían el mercado o las organizaciones asociativas o mutuales de la sociedad, y demandó profesionales que podían operar en la resolución de los problemas sectoriales. La planificación por sectores o esferas de la actividad social fue entonces concomitante con el desarrollo de nuevas disciplinas académicas y profesionales.

² De hecho, la prioridad a la investigación académica tuvo como un efecto no deseado el descuido de la formación y la difusión amplia del conocimiento a la sociedad.



En la medida en que las investigaciones empíricas y las intervenciones disciplinarias/sectoriales mostraron sus límites ante la realidad, apareció la necesidad de reconocer esa complejidad de los procesos reales en que se intervenía y los problemas de la interdisciplina y el de la cooperación interinstitucional se instalaron en la agenda de la política pública y la intervención. Sin embargo, la normativa del esquema positivista, si bien fue cuestionada por la epistemología crítica, siguió imperando en la organización universitaria, ya consolidada por una red de intereses corporativos y feudos político-científicos.

El corporativismo, tanto de los organismos del Estado desarrollista como de las universidades y asociaciones profesionales, se convirtió en un obstáculo mayor al desarrollo del mismo pensamiento racional. Se sucedieron los informes multisectoriales (recordar la estructura de los planes de desarrollo) como sumatoria formal de capítulos que atendían a diversos aspectos (o variables) de la realidad diagnosticada y proyectada hacia el futuro. Las instituciones estatales o paraestatales acentuaron su especialización y su tendencia a tener una agenda propia y a competir por recursos y prioridades. Problemas como el del trabajo, el de la educación, la vivienda, el de la asistencia social o el del mismo desarrollo, que exigían la convergencia de múltiples instancias del Estado y disciplinas, se ubicaban en ministerios o secretarías específicas, y ciertas disciplinas aparecían asociadas a cada función estatal. De hecho, la regulación y promoción del desarrollo de la economía (que está constituida por ecosistemas, tecnologías, relaciones sociales, instituciones, valores, culturas, hábitos y disposiciones históricamente determinadas, entre otras) es tan complejo que requeriría prácticamente de todas las disciplinas, incluso las hermenéuticas, algo generalmente no reconocido, para permitir, por ejemplo, el futuro dominio del economicismo. Efectivamente, el desarrollo de las corrientes adscriptas a la Teoría de la Acción Racional generó una involución adicional al colonizar el conjunto de las ciencias sociales y humanas con la racionalidad instrumental cuantitativa de la que la economía formal, ortodoxa, la del neoliberalismo, se convirtió en guía y norma. Lejos de sólo disputar un lugar en el espacio de las ciencias, la economía neoclásica y sus heterodoxias, las que actuaban como cinturón de defensa de su núcleo innegociable: la utopía del mercado perfecto, se convertía en el paradigma de todas las ciencias a imagen y semejanza de la física. Por otro lado, una y otra vez los economistas ortodoxos tendieron a confundir los modelos económicos con la economía real o a usarlos para dar un manto de cientificidad a políticas definidas en secreto y sobre la base de intereses inconfesables o ignorados por sus adictos. Siempre hubo, por lo tanto, un problema con la institucionalización del método analítico que, de por sí, no aseguraba la síntesis en la comprensión o en la intervención en lo concreto real. Así, tuvimos megaproyectos de infraestructura que no contemplaban los efectos ecológicos, demográficos o sociales que iban a producir;

políticas económicas que generaron desastres sociales que quedaron en manos de trabajadores sociales y otros especialistas en asistir a los más afectados, a los más vulnerables; políticas de salud y de educación que se autocentraron y autonomizaron de los requerimientos de la economía y la sociedad y de su propio objetivo particular: la salud o el aprendizaje; por ejemplo: políticas de salud que desarrollaban sus propios componentes de educación para la salud, con independencia de las políticas que pautaban los estilos de consumo o de las que disponían de los residuos en las grandes ciudades, etc.

Y las universidades siguieron formando “especialistas” que, lejos de haberse especializado en estudiar o transformar determinado tipo de realidades complejas, se concentraban en el análisis parcial de determinados aspectos de toda realidad. Aunque el vacío de unidad en la diversidad siempre estuvo presente, y provocaba que algunas carreras generaban una matriz cognitiva que pretendía que sus egresados estaban especialmente preparados para ser los coordinadores de las demás disciplinas, como representantes de lo concreto real (geógrafos, arquitectos especializados en desarrollo urbano, trabajadores sociales) a la vez que continuaban buscando su objeto distintivo de conocimiento científico.

3. Hoy: el mercado total y la nueva institucionalización de las políticas sociales

Hoy, todavía bajo la hegemonía del núcleo duro del pensamiento neoliberal (el que pone al mercado libre competitivo como la institución que puede dar sentido y coordinar a todas las demás instituciones) (Jean-Louis Laville, et. al, 2012) enfrentamos un problema mucho más grave que la falta de interdisciplina o de cooperación interinstitucional: el avance civilizatorio del mercado como institución total —presentada como el arreglo social que atribuye a una mano invisible la coordinación de las múltiples iniciativas individuales, sin la presencia de mega actores públicos— a costa del Estado y la sociedad, ha tenido como resultado la institucionalización anquilosada de lo público, abriendo una brecha creciente entre la institución y la realidad en la cual debe intervenir.³ Paradójicamente, esto abre —y es un problema central en la nueva política de promoción de la Economía Social y Solidaria (ESS) y su relación con los territorios locales— un amplio espacio de libertad para los agentes que operan en el campo, aunque sigan por ahora

3) Ignacio Lewkowicz hizo planteos muy significativos sobre la destitución de la infancia, resultado de las transformaciones en la institución familia y la

institución escuela como consecuencia del debilitamiento del estado y de su rigidez para adecuarse a una realidad social cambiante.

compartimentalizados en disciplinas e instituciones anquilosadas, porque sin teorías cerradas ni paradigmas válidos, se enfrentan cotidianamente a la necesidad de realizar intervenciones que requieren creatividad, complejidad de visión y de acción, otras epistemologías, otras metodologías de vinculación con la realidad social, otros saberes, otras formas de aprender y socializar el conocimiento sistematizado.⁴

Por ejemplo, las políticas de promoción de emprendimientos asociativos no suelen tener en cuenta la realidad y las tensiones que atraviesan hoy a las unidades domésticas y a las comunidades territoriales o de otro tipo, la colonización del imaginario de los sectores populares por los supuestos de la institución mercado, las relaciones entre la historia de la comunidad, de la familia, las trayectorias laborales y de asentamiento, las expectativas y valores de los individuos y de los colectivos, además de incluir la tecnología y la economía de la actividad que se propone emprender. No se preguntan cómo se determina el sistema de necesidades, y dentro de ellas las que se convierten en demandas que se pretende atender en conjunto con otros emprendimientos mercantiles y no mercantiles. Esto condenará a la angustia o a la irresponsabilidad a sus agentes por la dificultad de intervenir eficazmente mediante la aplicación de instructivos universales a realidades muy diversas. Y estaría aparentemente justificado por la masividad de las intervenciones requeridas y la necesidad de evaluación cuantitativa superficial de la relación costo-eficiencia. Da lugar, en el mejor de los casos, por la aplicación de una racionalidad instrumental limitada: identificación de un problema a la vez/propuesta de solución-acción/evaluación reflexiva de la relación medios-fines/rutinización o ajuste de la práctica.⁵

Uno de los supuestos de las instituciones estatales en el área social es que expertos que llegan desde afuera van a focalizar y concretar los programas de protección de derechos, amparo y asistencia a los grupos marginales de frágiles y vulnerables beneficiarios, hasta sacarlos de esa condición e integrarlos a la sociedad de mercado o

al menos asegurar su supervivencia. Sin embargo, las tres décadas de neoliberalismo nos han dejado un resultado de exclusión y destitución de la mayoría de la población, precarizando incluso el mundo de los especialistas del servicio público, los que en buena medida fueron adoptando comportamientos oportunistas ante la fuerza de un proyecto impulsado por las clases gobernantes y sus asesores internacionales. Hoy las instituciones públicas se debaten entre la ineficacia y la conservación burocrático-corporativa, y tanto los agentes como los beneficiarios son frágiles y actúan bajo la amenaza del mercado y el poder político arbitrario. Sólo una acción desde la política y desde la sociedad organizada dentro de una democracia radicalizada, dirigida a reformar el Estado y su relación con la sociedad, puede modificar esta inercia socialmente irracional (Sousa Santos, 2005).

Para el mercado global capitalista, las personas cuentan cada vez menos como productores y cada vez más como consumidores (incluso los pobres, siendo tantos, generan un mercado significativo para las filiales de los hipermercados y las industrias que están atrás). Por ello, les importa mucho la estratificación en niveles de ingreso, principal determinante del consumo, visión de la sociedad que lamentablemente ha sido asimilada por buena parte de las ciencias sociales aplicadas: la sociedad se divide en pobres y ricos, si es que no en deciles de ingreso monetario, intercambiable por cualquier bien en el mercado. Y los más pobres son homogeneizados por la categoría de indigentes y confinados a campos de focalización de las políticas asistenciales dirigidas a "aliviar la pobreza". No obstante, las identidades y reivindicaciones particulares (mujer, niña, joven, tercera edad, indios y mestizos, gays, lesbianas, transexuales y homosexuales, inmigrantes desplazados, desocupados, así como las viejas identidades: obrero, artesano, burguesía nacional, profesionales y técnicos, etc.) atraviesan transversalmente las líneas de ingreso y son base de nuevos movimientos junto con los movimientos antisistémicos (defensa de los derechos humanos, ecologismo auténtico,

4) Siempre hubo advertencias teórico-filosóficas en este sentido de parte del pensamiento crítico, pero lo nuevo es que la realidad misma ha sido transfor-

mada de tal manera que es inevitable advertirlo en el quehacer práctico.

5) Cuando las condiciones del "contexto" (que nos incluyen, como aquel personaje

del Submarino Amarillo que aspiraba todo lo que lo rodeaba y termina absorbiéndose a sí mismo) son de un cambio vertiginoso y de una gran incertidumbre

por la transición epocal que atravesamos es imperioso encuadrar crecientemente las respuestas a la emergencia en un pensamiento político estratégico.

transparencia en el manejo de lo público, feminismo crítico, movimientos indígenas y agrodendientes, campesinos, etc.), los que, ante el vaciamiento de la política (Pucciarelli, 2002), son apenas contenidos mediante concesiones o represión, hasta que la política por venir pueda reconocerlos como sujetos y articularlos como pueblo en un proyecto de transformación social.⁶ Es en procesos donde gobiernan las nuevas izquierdas donde la política vuelve a tomar su sentido transformador y cabe esperar que las universidades sigan el ritmo del cambio necesario.

5. Universidad, formaciones profesionales y agentes

La revolución tecnológica y del conocimiento fragilizan hoy la eficacia de las formaciones profesionales tradicionales, mientras la institución universidad (con todos sus estamentos involucrados, que tienden a jugar juegos de poder sin trascendencia) es renuente al cambio en profundidad y enfrenta la dificultad de reinventarse

en un mundo en que el conocimiento se está reorganizando continuamente.⁷ Los egresados de las ciencias sociales y humanas, anteriores y nuevos, pueden experimentar vívidamente que la realidad demanda otro tipo de intervenciones y encuadres experimentales, y son tensionados para inventar respuestas más allá de los instructivos o las metodologías pautadas que, quizás, alguna vez funcionaron. Aquí se manifiesta con fuerza el déficit de atención a la necesidad del tan mentado “aprender a aprender haciendo” *pero responsablemente*. Lo que en principio coloca una parte significativa de la formación profesional fuera del espacio universitario.⁸

A la vez, ese aprendizaje genera la demanda a la misma universidad de sistematizar la reflexión sobre el contexto en que se actúa profesionalmente. Sin duda que es posible aprender haciendo, pero cada error cometido puede afectar las condiciones de vida de personas concretas. La angustia por la propia situación de precariedad de los agentes se multiplica cuando, ahora no como

6) Esto es, precisamente, lo que se esperaba de los nuevos gobiernos con proyectos nacional-populares. En esta dirección es valioso el aporte del recientemente fallecido Ernesto Laclau (2005).

7) Así como en el pasado se tomó a la física como paradigma de ciencia, hoy cabría ver la interpenetración de las ciencias duras resultante de la nueva comprensión de la historia de la naturaleza y de nuevos instrumentos. Eso está muy atrasado en el campo de las ciencias sociales y humanas, pero no

debería volverse a caer en la imitación. No es lo mismo la historia social que la natural, ni los métodos cuantitativos deben ser traspasados acríticamente como podría pretender una economía ortodoxa *aggiornada*.

8) En condiciones de alta vulnerabilidad, sin las mínimas seguridades de un soporte de racionalidad sustantiva, las opciones que plantea el mercado libre se vuelven insoportables o indecibles, pues en el imaginario social se perdieron las guías de acción

probadas (esto explica el desaliento de muchos jóvenes por seguir estudiando, o la pérdida de resistencia a la mecánica clientelar aunque haya conciencia de que los derechos son metamorfosados en favores). Pero para un profesional responsable, los posibles errores según la lógica instrumental, altamente probables en un contexto de incertidumbre y cambio heterónomo, no podrían en ningún caso poner en riesgo la supervivencia de los “beneficiarios” ni detonar un proceso

de degradación irreversible. No debe extrañar entonces que muchos servidores públicos en contacto directo con los sectores focalizados puedan preferir aplicar programas “seguros”, como distribuir comida, antes que los arriesgados proyectos de generar emprendimientos autogestionados. En esto es fundamental que tengan un diagnóstico y una comprensión adecuada de esa realidad que no se reduce a la evidente experiencia del empobrecimiento y la exclusión.

mero agente sino como actor con márgenes de libertad, se asume la responsabilidad por la sobrevivencia del otro. Porque la responsabilidad institucional ha sido crecientemente depositada en la relación agente–“beneficiario”, relación que se vuelve más artesanal y alienada que científica y comprensiva si no se percibe y se actúa sobre el contexto.

El neoliberalismo logró instalar en el Estado el principio empresarial de eficiencia y competencia, y la construcción de pretensiones de legitimidad en la disputa por recursos sobre la base de la relevancia genérica del área superespecializada de formación o de intervención asignada, o del grado de cumplimiento de metas o indicadores cuantitativos, empobreciendo la calidad de las instituciones cuando la realidad se está transformando estructuralmente, los problemas son interdependientes y lo cualitativo pasa a ser central como guía para la acción en condiciones de alta incertidumbre. Siendo fundamental lo económico bien definido, cada vez más la emergencia de identidades culturales debe ser incorporada en la problemática social y es preciso evitar que la diversidad sea convertida en diferencia para dividir el campo popular y acentuar la explotación del trabajo. Esta explosión de identidades y la defensa de la diversidad son una respuesta a la entropía desde el mundo popular profundo, es decir, al caos que genera el mercado liberado de límites morales y políticos, con su tendencia intrínseca a uniformar. Tal reacción debe ser acompañada por técnicos e intelectuales socialmente responsables.

“

El corporativismo, tanto de los organismos del Estado desarrollista como de las universidades y asociaciones profesionales, se convirtió en un obstáculo mayor al desarrollo del mismo pensamiento racional.

6. La cuestión del sentido y la eficacia de nuestras acciones como universitarios

Cuesta mucho trabajo ser responsable y operar en situaciones de creciente complejidad desde instituciones vaciadas (aunque puedan estar colmadas de funcionarios), y requiere mucha inventiva. Inventar en este campo implica no meramente improvisar “a ver qué funciona” sino tematizar creativamente (antes que suponer) la situación, sus componentes, su lógica interna y externa y su dinámica de conjunto, y eso requiere capacidades más generales y complejas de reconocimiento y comprensión de la realidad que las que provee la usual formación disciplinar en el aula. Incluye también inventar o tomar las metodologías que permiten innovar respecto del método objetivante. Finalmente incluye experimentar, pero en conjunto con el otro y responsablemente, anticipando en lo posible efectos indeseados o frustraciones. Sin duda que, en un mundo cambiante, podemos ir aprendiendo a través de la sistematización de las experiencias, siempre que no se las reduzca a baterías de indicadores, lo cual es importante además a condición de no absolutizarlo. Se trata de un proceso colectivo en el que las universidades pueden jugar un papel fundamental, dar visibilidad a los actores individuales y colectivos y en particular a las iniciativas populares locales, en búsqueda de la subsistencia y de la dignidad expropiadas. Aquí los tiempos son importantes y deben comenzar a acercarse. El tiempo de la investigación científica, sectorizada, pautada y rigidizada además por las agencias que evalúan los proyectos y financian los costos

de investigación o proveen incentivos monetarios a los investigadores, si cumplen con los indicadores de actividad y resultados pautados,⁹ es un tiempo que no se condice con los tiempos del diseño y la implementación de políticas, programas y proyectos, y menos aún con la necesidad de un diagnóstico y una acción sobre la marcha, máxime si adoptan metodologías participativas. Se requiere una relación no lineal entre teorización, investigación empírica, docencia y prácticas, la que no se da naturalmente sino que requiere un esfuerzo adicional. La vulnerabilidad del agente público no es cosa menor. Y la volatilidad de las políticas ha contribuido a ello. En un sistema público tecnocrático y sometido a poderes arbitrarios del delegado político de turno, un servidor público o un intermediario de las políticas experimenta continuos cambios en las consignas, en los instructivos sin haber participado en la definición de las mismas, sin posibilidad de realimentar el diseño de los programas con su conocimiento adquirido en el campo, sometido a sucesivas reformas heterónomas que no respetan los tiempos del cambio propuesto.¹⁰ Esto incentiva la pérdida de sentido, el acomodamiento oportunista que lo despoja de su condición de sujeto-agente, o genera la resistencia burocrática al cambio heterónimo, o el cinismo, más cuando se advierte la inadecuación a la realidad de las pautas bajadas verticalmente. En este estado de fluidez continua de la política pública y de la sociedad misma, la soledad es la peor situación. En particular, en lo que hace a la ESS, los agentes y los “beneficiarios” de las políticas sociales deben tejer lazos que los mantengan juntos en medio del oleaje.

Las situaciones y las instituciones o están en crisis o están saliendo de una grave crisis de efectos duraderos, ya no sólo por la falta de recursos, sino por la incertidumbre de las reglas del juego y la pérdida de sentido heredada del fracasado proyecto de “mercado total” y la disolución de los modelos previos. Como ocurre con el trabajo asalariado que, a pesar de haber dejado de ser el eje del sistema social, sigue estando en el centro de las ilusiones de realización de las capacidades, el imaginario del Estado neoliberal irresponsable mantiene su impronta en los servidores públicos. Aunque hayan renacido los planes de desarrollo, la situación exige una gestión coyuntural permanente de la crisis o en la crisis, incluso en los países gobernados por las “nuevas izquierdas” (Coraggio y Laville, 2014). Esa exigencia ha estado apaciguada por un buen tiempo por la fácil captación de la renta extractiva internacional. Sin embargo, como dijimos, hay márgenes de libertad: por

ejemplo, los agentes “efectores” en los territorios, lo que incluye a las universidades, podemos sostener los objetivos valiosos de las instituciones a pesar de ellas si nos colocamos no como meros agentes sino como sujetos, si operamos con inteligencia, explorando y aprendiendo en relación dialógica, sin pretender que somos iguales, con los “destinatarios”, sectores sociales con los que, convocados a un espacio público democrático podemos contribuir a articular un sujeto de orientación popular. Se trata de inventar con sentido, sumarnos y multiplicarnos desafiando la compartimentalización institucional y disciplinaria. Para eso necesitamos una visión estratégica, puntos de referencia, sin los cuales apenas podremos mantenernos juntos, moviéndonos sin dirección propia (Coraggio, 2004).

A este juntarnos, complementándonos, ayudándonos mutuamente a encarar la cruda problemática social, puede contribuir que adoptemos una proyección del cambio que pase del mero asistencialismo aliviador de la pobreza al *desarrollo desde lo local*, sobre base de una economía social, es decir, una que sostiene y desarrolla de manera virtuosa el tejido social, y *solidaria*: que recompone vínculos, lazos sociales, soporte mutuo, solidaridad basada no sólo en valores sino en el interés legítimo, “porque necesito que el otro esté bien y sea eficaz para yo estar bien y ser eficaz”. O que el otro sea reconocido para yo ser reconocido.

7. Sobre la interdisciplina

Las disciplinas sociales positivistas recortan, fragmentan la realidad, la miran a través de variables, abstraen, modelizan y teorizan. Sistematizan hipótesis y ponen a prueba las mismas a través de experimentos empíricos controlados que no pueden ser en laboratorio sino en la misma sociedad. Pueden analizar pero no pueden por sí solas hacer la síntesis de lo concreto. Y tienen dificultades para aprender porque filtran de la realidad los resultados que no les interesan (la economía neoclásica, todavía hoy dominante en las aulas de nuestras carreras de Economía, ha evadido sistemáticamente aceptar el rechazo de sus hipótesis por los test de la dura realidad).

Por eso surgen las diversas formas de recomposición de las totalidades en el pensamiento y en la acción:

- La *multidisciplina*, que implica el reconocimiento de que la realidad que queremos conocer, mantener estable o transformar, se

9) La rigidez de las teorías se verifica fácilmente por la dificultad que tienen para ubicar objetos nuevos de estudio en sus compartimientos sostenidos por comisiones disciplinares y relaciones de poder que no podemos ocultar.

10) Las reformas del sistema educativo

y del sistema de salud de los '90 en América Latina son claros ejemplos de la ineficacia de una reforma estructural tecnocrática, sin participación efectiva de los que deben implementarla. Por otro lado, el ímpetu reformista tampoco surgía desde las bases.



constituye conceptualmente como acumulación de conocimientos parciales de cada disciplina. Esta opción propende a la coexistencia paralela en el proceso de pensamiento colectivo o de intervención, de diversas disciplinas, afines o complementarias. El problema de esta propuesta es cómo resolver la tensión entre aproximaciones diversas al mismo objeto empírico y evitar caer en la mera sumatoria de las partes (y la pugna por su ponderación relativa).

- La *interdisciplina*, que supone un intercambio de saberes entre los portadores de cada disciplina, la construcción colectiva de lenguajes compartidos, de interfase entre los campos disciplinarios, donde, enfrentados a la realidad sobre la cual debemos intervenir, cada uno habla y propone sobre la realidad concreta tal como la ve desde sus saberes de diverso origen y en particular desde su experiencia antes que desde su disciplina.¹¹
- La *transdisciplina*, donde el investigador se introduce en la subjetividad de otras disciplinas, en el marco del pensamiento sobre totalidades complejas con recursos filosóficos y epistemológicos.

11) Esto no implica negar la validez de la entrada disciplinaria como modo de producción y apropiación del saber científico. Pero marca su limitación cuando se autonomiza no sólo para pensar lo concreto (síntesis de múltiples determinaciones) sino para actuar

eficazmente en su interior. La disciplina es un momento necesario pero que debe enmarcarse en la continua tensión con la totalidad de la que ve solo una parte. Pero, además, las disciplinas deben cambiar a medida que avanza el conocimiento, y la corpora-

El campo de la ESS es un claro ejemplo de la necesidad de superar la disciplina (además ideologizada) de la “corriente principal” de la economía y comprender lo económico como un complejo multidimensional que para comenzar requiere al menos de la multidisciplina pero que aspira a la transdisciplina.¹²

¿Cómo nos prepara la formación profesional para escalar desde la disciplina parcial hacia la visión transdisciplinaria de las totalidades que estudiamos o en las que intervenimos? Básicamente no nos prepara. Y en todo caso deja en el campo del epistemólogo o del filósofo la exploración de las claves de reconstrucción de las totalidades complejas. Esto puede ser superado en un movimiento en espiral, donde la totalidad no es algo que aparece eventualmente en las tensiones de un posdoctorado o del campo práctico, sino que es incorporada en los diversos niveles de la formación:

– Inicial o de grado, afirmando la disciplina del pensar y el hacer disciplinario, pero tensionada por su incompletitud y explicitando ese problema desde la perspectiva de lo complejo.

tivización de los profesionales tiende a evitar el cambio. No podemos olvidar, por ejemplo, que las asociaciones de graduados tienen fuerte influencia en las universidades de las que egresaron. El caso usualmente más notable es el de la corporación médica.

12) Sobre esa tesis se trabaja en la Maestría en Economía Social de la UNGS desde hace 10 años, y aún resta mucho camino por recorrer.

- Actualización de los graduados, evitando que se reproduzca la misma matriz de la formación inicial, promoviendo la reflexión y la ampliación permanente del campo de estudio, acicateados por las preguntas que detona la práctica.
- Incursión en la multidisciplina, lo que en términos prácticos se viene haciendo cuando se cursan, en orden o simultáneamente, dos carreras o posgrados de distinto campo.
- Profundización de la investigación sobre lo complejo, por ejemplo a través de la epistemología, o de la historia de las sociedades.
- Extensión de estos saberes a través de la formación de la multiplicidad de agentes que requiere la propuesta de ES, contribuyendo al redireccionamiento coherente del conjunto de las carreras universitarias así como a la incorporación de esta problemática en el currículo de la enseñanza básica y de adultos.¹³

8. Los desafíos generales que plantea a la Universidad la nueva política de ES en los territorios locales

Según la referencia que hicimos al contexto que anticipa la larga duración de esta situación de incertidumbre y transición, la emergencia no puede ser atendida con meras respuestas de corto plazo (válidas en sí mismas, como los cursos de capacitación para implementar nuevas consignas o instructivos o para comenzar a visualizar la visión del todo complejo en transición), sino que la universidad y las corporaciones profesionales deben trabajar en todos los niveles, incluido el de grado, que producirá nuevos profesionales en el plazo de 5 a 7 años. Y hay que hacerlo con urgencia, justamente porque tendrá efectos retardados, dado que a ese tiempo hay que agregar el de inserción laboral y aprendizaje en el ejercicio de las profesiones. En lo que sigue es básico tener en cuenta que los egresados universitarios son una elite que circula entre el Estado, la empresa privada y la sociedad civil y que esas experiencias y roles se interpenetran. Por ésta y otras razones (recordar a Gramsci), la oposición o “relación externa” entre universidad, sociedad y Estado es una ficción.

La responsabilidad social y el respeto al futuro del actual profesional-ciudadano implican no sólo que tenga una formación de calidad y una perspectiva de remuneración digna, sino dar mayor importancia a su participación informada y a su comprensión de los procesos sociales. Se reduciría así la alienación del protocolo —impuesto por decisiones que sólo pueden ser vistas como arbitrarias por la falta de participación— o de las rutinas cumplidas como objetivo

en sí mismas. Esto pone en el centro la necesidad de una estrategia pedagógica por la cual finalmente, ante cada situación concreta, el futuro profesional pueda estar dispuesto a inventar responsablemente respuestas y procedimientos en diálogo con los saberes de las personas y grupos a los cuales se dirigen las intervenciones.

El trabajo interdisciplinario e interinstitucional y con la participación de los destinatarios de las políticas supone una base de supuestos compartidos, de cuya consolidación es corresponsable la universidad. Ello incluye:

- Afinidad en los fundamentos de las corrientes de cada disciplina que se encuentran en este intercambio.¹⁴
- Valores básicos comunes: derechos humanos inalienables, democracia, equidad, responsabilidad de lo público, legitimidad del poder, etcétera.
- Objetivos estratégicos trascendentes compartidos.
- Autenticidad en las comunicaciones.
- Código ético de responsabilidad social.
- Deslegitimación de las conductas oportunistas (atacando el cinismo que acompaña al imposibilismo).
- Modestia ante la complejidad y a la vez ambición de cambiar las situaciones no deseadas.
- Actitudes solidarias y cooperativas entre las mismas universidades y con el resto del sistema educativo y de ciencia y técnica.

En esto no ayuda si las políticas del Estado asumen rasgos arbitrarios, verticalistas, pues:

- Reiteran la idea recurrente de quien inviste el poder político de que él o ella tiene la verdad indiscutible, deslegitimando el disenso y el pensamiento autónomo de los que reputa como “académicos”.
- Desprofesionalizan, erosionan la autoestima y la creatividad.
- Devalúan el saber científico y las habilidades de diagnóstico y proposición al reducir a los agentes a meros aplicadores de instructivos antes que como creativos para encarar la compleja cuestión social.
- Subordinan a técnicos e intelectuales haciéndoles sentir incertidumbre, inseguridad (frágiles ellos mismos, en el reconocimiento de su identidad e incluso económicamente) tal como ocurre con los “beneficiarios” de los programas públicos (aunque el grado de privación material sea incomparable).
- Ponen al agente en la posición de transmitir consignas no plausibles ni para el “beneficiario” ni para el mismo profesional.
- Quitan valor al comportamiento orientado por códigos éticos.

13) Evidentemente todo esto no es tarea exclusiva de la ES, sino que otros objetos pueden tensionar de igual manera la disciplinariedad.

14) Cuando se habla de interdisciplina suele olvidarse que cada disciplina contiene corrientes que incluso definen

su objeto de forma diferente, si es que no antagónica. Eso es evidente en el campo de la economía en sentido amplio. Aunque las disciplinas “duras” no escapan a ello, en el campo de las ciencias sociales y las disciplinas hermenéuticas es evidente que el

problema de la “interdisciplina” no se resuelve de la misma manera si los representantes tienen esquemas epistemológicos, filosóficos y hasta políticos afines u opuestos (por ejemplo, sin son estructural-funcionalistas o evolucionistas, si comparten una visión de lo social

como construcción o como evolución natural finalista, si comparten una utopía social, si participan de una misma concepción de la diferencia entre ser técnico solucionador de problemas o ser intelectual crítico).

Por otra parte, está probado que las universidades son altamente reacias al cambio en función de las necesidades sociales. Sin duda es necesaria una combinación de voluntad política y acción estatal desestructurante de la institucionalidad anquilosada, con la genuina apertura de un espacio de libertad y creatividad de los actores universitarios, fórmula no fácil de conseguir cuando el pragmatismo de los gobiernos los tienta a ver la universidad como un instrumento.¹⁵ En todo caso, el gran ausente en este juego ha sido la comunidad misma, local o nacional.

La universidad es un actor autónomo y a la vez un bien público para los territorios en que se localiza. Y en la actualidad hay una gran necesidad de proyectos plausibles y factibles, movilizadores de sujetos sociales y políticos de base territorial, a lo que la universidad puede contribuir de manera significativa. En esto es fundamental ser responsables. Las nuevas políticas de promoción de emprendimientos de economía social y solidaria que pretenden desarrollar la dimensión asociativa, intra e inter emprendimientos, la solidaridad entre sí y con la comunidad en general, en un marco local de desarrollo de otra economía, deben combinar la seguridad de su continuidad (la vulnerabilidad de los emprendimientos muchas veces es causada por la volatilidad de los programas públicos) y de la perseverancia de su sentido declarado (no sería aceptable volver a asistencializar una política de economía social y solidaria, por lo menos para todos aquellos que fueron embarcados con promesas de otro futuro en esa vía de acción), con la apertura a exploraciones ricas en aprendizaje.

Para ello es necesario no sólo incentivar la creatividad de beneficiarios y agentes mediadores, sino generar una esfera pública donde se pueda definir y especificar democráticamente ese sentido en cada realidad concreta, y sus hipótesis de trabajo ser puestas a prueba, con responsabilidad compartida entre gobierno, universidad y sociedad. En esa esfera participan los diversos actores, se encuentran, se comunican, constituyéndose en fuente de una nueva esfera pública donde se debata realmente el qué hacer, que sustituya a esas construcciones estadísticas que generan las encuestas de opinión basadas en promedios.

La universidad no puede ser reducida al carácter de instrumento. Puede jugar un papel relevante, haciendo valer su estatuida y no siempre respetada autonomía política, haciendo suyo el mandato social y tomando la iniciativa al convocar con otros actores colectivos a la sociedad en general y al Estado para identificar y encarar con responsabilidad los problemas prioritarios de estos tiempos.

¹⁵ Para ser realistas, la capacidad innovadora de la comunidad universitaria se despliega mejor si los cambios no amenazan las posiciones económicas adquiridas, por lo que la política presupuestaria del Estado puede coadyuvar a bloquear o desatar esas capacidades.

Esto no se reduce al ágora, sino que implica jugar su credibilidad a través de los intercambios que teje con las comunidades en su entorno así como en el ámbito nacional. Ello implica mantener estrechamente ligadas la investigación, la docencia y el servicio a la comunidad, y realizar acciones comunicativas no utilitarias, aprendiendo "de", e informando al soberano.

Esta construcción política se beneficia del trabajo con conjuntos sociales heterogéneos (viendo la diversidad como recurso, como fuente de energía y sinergia) y supone resistirse a las nuevas recetas que pretende imponer la política social economicista focalizada. Requiere, de ser auténtica, una lucha contrahegemónica en el terreno de la definición de nuevas categorías sociales como la de los "inempleables", que supone que a un sector de la población se lo ubica en la posición de asistidos de por vida, considerando ineficiente toda inversión adicional en ellos y condenándolos a la asistencia eterna.

Como *intelligentzia*, los profesionales y su institución madre, la universidad, deben identificar y solucionar problemas, pero más que observarlos en actitud objetivante pueden construirlos con los que los experimentan, buscando y proponiendo juntos las mejores soluciones. Esto requiere reintegrar lo separado —internamente y en esa relación con el medio— sea por los campos disciplinarios o por la organización de recursos y la política pública, para poder encarar problemas complejos que trascienden la mera reproducción de la universidad tal como es.

Desde la perspectiva de la ESS, siendo lo anterior real, solo vale si se complementa con su carácter de institución que forma *intelectuales*. En tal condición, las universidades y sus miembros pueden ejercer el pensamiento crítico, analizando y comprendiendo los verdaderos alcances de la institución mercado, debatiendo sobre los fines y el sentido de las políticas públicas y los estilos de gobierno, anticipando resultados indeseables, dando visibilidad a las causas intencional o inconscientemente ocultas de los problemas, discriminando críticamente entre discurso y práctica, vigilando por el cumplimiento del mandato popular y de los objetivos declarados e impidiendo que el discurso legitimador oculte el verdadero sentido de las acciones reales. Y pueden contribuir también a abrir una brecha democrática en la esfera pública, hoy dominada por los medios mercantilizados de comunicación masiva.

Poseedora de uno de los principales recursos productivos: *el conocimiento científico-tecnológico y hermenéutico, el acceso*

“

necesitamos nuevos conocimientos, nuevos marcos hermenéuticos, y las universidades de la Modernidad son el lugar en que las sociedades modernas ubicaron su producción y reproducción

a la información y los esquemas de producción, interpretación y uso de esa información, la universidad puede coadyuvar, si logra consolidar y valorizar su “capital” simbólico de legitimidad, a concretar y articular las intervenciones desde el Estado y los actores sociales colectivos en su región dentro de un marco democrático que debe ser construido en conjunto y defendido. Puede así contribuir al fortalecimiento y desarrollo societal desde los niveles locales y regionales, referenciándose en una comunidad organizada a cuya autonomía puede apuntalar, para que deje de ser objeto beneficiario pasivo y se constituya como sujeto que participa en el diseño y la aplicación de las intervenciones y en la definición y el uso de los recursos públicos (incluyendo los de la universidad misma).

Podemos pensar en una universidad que se reintegra internamente haciendo que la sensibilidad y el compromiso social —que se han desarrollado por la extensión y la misma experiencia de vivir la problemática social de los estudiantes y docentes que viven en esta sociedad fragmentada— inspiren y orienten sus búsquedas en la investigación y la docencia. Esto le facilitará reintegrarse al escenario público como actor colectivo autónomo, impulsora de la democratización y el desarrollo incluyente para todos. Y hará que se relativicen los comportamientos corporativos, valorizando desde su práctica cotidiana la cooperación interna y con las otras instituciones que deben recuperar y actualizar sus misiones, bajo el amplio paraguas del bien común, unificadas con el pueblo, realizando su identidad en el proceso de reencuentro con la sociedad de la que son parte.

9. Algunas necesidades específicas que plantea a la universidad la nueva política de ESS en los territorios locales

Mencionemos algunos desafíos para las universidades con relación a la ESS, en especial pertinentes para la relación entre la universidad y su área de influencia inmediata:

1) Articularse, como universidades y como universitarios, con la comunidad local. En particular, romper con la relación clientelar sumándose a las reivindicaciones legítimas de los sectores populares y a la vez contribuir responsablemente a construir respuestas eficaces a la coyuntura socioeconómica y política, pasando de la contemplación a la acción con la sociedad para

apoyar sus iniciativas, así como acompañar activamente las variantes de política pública que pueden ayudar a generar condiciones para superar la crisis social que ha sido aliviada pero no superada.

2) A la vez, no perder su carácter de universidad nacional, parte de un sistema más amplio de investigación y formación, incluso internacional.

3) Desde una teoría crítica, reconceptualizar la economía como ES dentro de la corriente de economía sustantiva. En esto es fundamental evitar un doble discurso: crítica del capitalismo y la adaptación ventajosa al sistema. Conjugación de análisis críticos con propuesta de alternativas a la acción pública en el marco de una reinversión del Estado y su relación con la sociedad.

4) Asociado a lo anterior, contribuir a superar el fatalismo y el posibilismo, para el cual el sistema no puede ser cambiado y solo resta tratar de insertarse en él, reproduciéndolo.

5) Ofrecer una formación consecuente de los nuevos profesionales y actualización continua de los ya insertos en el sector público.

6) Producir información veraz sobre la Economía Popular Social y la ESS a través de los medios de comunicación masiva (Coraggio, 2013).

7) Ampliar y legitimar internamente los servicios a la comunidad local —usualmente considerados como inferiores a la formación y la investigación—, lo que va más allá del esquema demanda puntual respuesta acorde, y debe incluir la contribución a:

- la constitución de sujetos colectivos socioterritoriales;
- la incorporación de representaciones legítimas de la sociedad local en instancias de decisión de las políticas de la universidad;
- la democratización de los gobiernos locales en su región de influencia (por ejemplo, propiciando y apoyando los presupuestos participativos);
- la co-construcción de los proyectos de investigación-acción (cambio en mentalidad de docentes e investigadores y su relación con el conocimiento) evitando el paternalismo;
- una socialización efectiva de los conocimientos producidos (no meramente publicación y aprobación por los pares dentro de una comunidad académica autocentrada);
- la superación de la idea de que “la sociedad” está representada exclusivamente por las empresas privadas a las que se prestan servicios rentados;
- el reconocimiento de la diversidad de identidades, evitando que sea convertida en diferencia para dividir el campo.

- 8) Revisar la matriz neoliberal que minimiza carreras de grado gratuitas para vender programas de posgrado.
- 9) Dar visibilidad a las experiencias de ES ocultadas por el sistema hegemónico a través de su sistematización.
- 10) Articular los tiempos académicos y los de la acción transformadora, según se planteó más arriba.

Ya vimos como los gobiernos neoliberales pueden destruir lo logrado por las luchas sociales, y gobiernos afines al proyecto neoconservador global pueden volver, ya que los gobiernos de las nuevas izquierdas son vulnerables. Por lo tanto, sólo una sociedad organizada, representada pero no sustituida por gobiernos con sentido popular, podría defender los avances logrados, consolidarlos, y avanzar para lograr transformaciones culturales de envergadura. Los sujetos de la ESS no pueden apostar a una sociedad sin Estado, sin considerar la democratización del Estado y la política como condición de realización de su proyecto. Ni pueden pretender salirse del sistema hegemónico cuando lo que

hace falta es la lucha en todos los terrenos contra la hegemonía de la cultura capitalista hoy liderada por su estrategia de globalización. Son muchos los desafíos y, lejos de paralizarnos, deben ser convertidos en sistemas de problemas resolubles, por complicados que sean. Esto requiere prácticas colectivas reflexivas, fundadas en conocimientos tecnológicos propios de una racionalidad instrumental, de acuerdo a fines, pero a la vez subordinadas a una racionalidad reproductiva de la vida, de acuerdo a valores éticos superiores a la ética del mercado.

Necesitamos nuevos conocimientos, nuevos marcos hermenéuticos, y las universidades de la Modernidad son el lugar en que las sociedades modernas ubicaron su producción y reproducción. Hay alternativas a esa institucionalización que comienzan a emerger (como las universidades indígenas, itinerantes, etc.) pero no se trata de que la universidad desaparezca sino de que se reinvente como parte de las transformaciones mayores que reclaman los movimientos de las sociedades o las sociedades en movimiento. Para ello tiene que estar a la altura de estos tiempos.

Referencias bibliográficas

- Coraggio, J.L. (2004). *De la emergencia a la Estrategia. Más allá del alivio a la pobreza*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Coraggio, J.L. (2013). La economía social y solidaria y el papel de la economía popular en la estructura económica. Ponencia presentada en el Seminario Internacional Economía Popular y Solidaria: "Rol de la Economía Popular y Solidaria y su aporte en el Sistema Económico Social y Solidario", 24 al 26 de julio de 2013. Quito, Ecuador. Recuperado en: http://www.ieps.gob.ec/web/index.php?option=com_content&view=article&id=805:ponencias&catid=22:sobre-el-ieps (consulta 5 de mayo de 2015).
- Coraggio, J.L. y Laville, J.-L. (orgs.) (2014). *Reinventar la izquierda en el Siglo XXI. Hacia un diálogo Norte-Sur*. Los Polvorines Pcia. de Buenos Aires y Quito: UNGS/IAEN/CLACSO/DR&RD.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Laville, J.-L. (2012). *Karl Polanyi. Textos escogidos*. Buenos Aires: UNGS/CLACSO.
- Lewkowicz, I. (2004). Sobre la destitución de la infancia. Frágil el niño, frágil el adulto. En *Página 12*. Recuperado de: <http://www.pagina12.com.ar/diario/psicologia/9-43161-2004-11-04.html> (consulta 5 de mayo de 2015).
- Pucciarelli, A. (2002). *La democracia que tenemos. Declinación económica, decadencia social y degradación política en la Argentina actual*. Buenos Aires: Libros del Rojas, UBA.
- Sousa Santos, B.de (2005). *Reinventar la democracia. Reinventar el Estado*. Buenos Aires: CLACSO.